

Solía transmutarme en cualquier cosa, porque para eso son los camaleones. Tierra áspera, seca o húmeda y fertilizada. Aire. Agua. Hielo. Gato. Lagartija. Sapo o paloma. Siempre estaba cambiando. Por eso llevaba conmigo diferentes pasaportes. El mismo rostro y fecha de nacimiento. Pero diferentes rostros.

Vivía de hacerme cosas. Y en los países que visitaba siempre causaba una gran impresión. Los niños deliraban. Gritaban de entusiasmo. Las mujeres se desmayaban. Las ancianas se santiguaban y palidecían. Los hombres se divertían. Los científicos se asombraban, hacían anotaciones constantes y dibujaban diagramas y formulas abstractas que no comprendía. Y hasta (a veces) - lo que más me agradaba - aparecían crónicas en los periódicos adulando mi arte efímero. Pero los escépticos abundaban. Gente incrédula, de esa que cuando entra a la tolda y ve la transformación empieza a murmurar, a poner malos ojos, a quejarse por el dinero que invirtieron y a buscar con miradas inquisitivas todo tipo de espejos, cuerdas, poleas o cualquier artefacto que indicara la esencia del truco.

Un amigo llamado Octavio solía ayudarme. Viajaba conmigo. Mantenía alejados a los curiosos. Evitaba que los necios me tomaran fotos y que los empingorotados se acercaran para tocarme. Vendía los boletos de la entrada y llevaba la contabilidad. Sólo él conocía con exactitud cuánto dinero habíamos ganado. Empacaba y desempacaba la tolda cada vez que nos mudábamos de feria. A cambio le enseñé algunos trucos interesantes para que algún día y por iniciativa propia pudiera montar su espectáculo.

Era un buen alumno. Sin embargo, a veces se descuidaba. Le agradaba ostentar de lo que sabía. Así es. Y así era. Hasta la noche en que me desatendió.

dos minicuentos

El camaleón

POR CLAUDIO DE CASTRO

Siendo yo hierba fresca. Alta y hermosa. Un impertinente se acercó a mí sin que él lo notara. Cruzó el cerco de seguridad con sus manotas grandes y grotescas, arrancó un puñado de hierbas.

Muy tarde Octavio lo sacó a empujones. Muy tarde lo aventó tolda afuera, revenándolo le la cara contra el pavimento.

Me sacudí y doblé entero, como un mar de espigas golpeado por un huracán.

Nuevamente me hice hombre. Adolorido. Gritando.

Los que estuvieron presentes comprobaron que no había poleas, ni espejos, ni trucos baratos. Y la hierba en las manos de aquél desgraciado se transformó también en parte mía, pues me había arrancado los ojos.

Octavio, es ahora mi bastón.